

## La estima y el tiempo

**Hna. Virginia Isingrini,**  
*Misionera Xaveriana y Psicoterapeuta*

### **El drama de *Macbeth***

Cuando Macbeth hospeda al viejo rey Duncan en su castillo, ve de repente abrirse ante él la posibilidad de cumplir su oculta ambición: ser el rey de Escocia. El cuerpo dormido e indefenso de Duncan, la facilidad con la que se deshace de sus servidores, el silencio y la soledad de la noche, las instigaciones de su esposa, todo parece ponerle en una bandeja de oro la muerte del rey (Shakespeare, W., *Macbeth*, Porrúa, México 1999). La idea genial que Shakespeare logra infundir desde las primeras escenas de su tragedia es el gran error en que cae cualquier hombre al pensar que si comete la crueldad que ha concebido, luego podrá ser infinitamente bondadoso y feliz. Macbeth está convencido de que, una vez eliminado este último obstáculo, la corona de Escocia será suya. En realidad se verá arrastrado hacia el homicidio una y otra vez, empujándolo cada vez más el espacio de su libertad. Perseguido por la sospecha y el terror, morirá víctima de sus tramas nefastas, mientras lady Macbeth, acosada por la culpa, se quitará la vida.

### **Auto-estima e identidad**

Es una locura pensar que nuestros actos no tendrán consecuencias, que un homicidio pueda traer la paz, o un gesto descabellado la cordura. La existencia del hombre no es como la de un gusano que se puede fraccionar en partes separadas donde cada una tiene una vida autónoma. El ser humano, “aun en sus manifestaciones más bajas, ofrece siempre esa característica de unidad física y psicológica. Su identidad continúa hasta bastante después de que pueda verse la consecuencia de sus actos. El hombre no puede ser cortado de su pasado con un destal. Cosechará lo que siembre” (Chesterton, G. K., *Ensayos*, Porrúa, México 1985, p. 146).

El presente es un ayer que no se acaba. Le cuesta trabajo al hombre actual aceptar esta coherencia, esa continuidad con su pasado. Se imagina en su grandiosidad que le está permitido vivir simultáneamente muchas experiencias, hasta opuestas, sin que ello le afecte. Tener al mismo tiempo un idilio con Lorena, otro con Maribel, y a la vez estar casado con Francisca, es creerse este gusano que, partido en diferentes segmentos, puede seguir viviendo en cada uno de ellos. Nunca se podrá tener un verdadero idilio si aquel idilio no es único. La ilusión del *yo proteico* no es factible (Proteo era, en la mitología griega, el dios del mar que tenía el poder de metamorfosearse en cualquier forma que deseara), lleva al vacío, a la desesperación, a la muerte anticipada. ¿Qué solidez puede alcanzar una estima que cada día debe arrancar de un punto de partida distinto?

### **Miedo al sufrimiento**

La insatisfacción, cuando no el desprecio hacia la propia persona, es el fruto de esta inestabilidad; un mal que afecta a muchos de nuestros contemporáneos. Se vive el hoy como un punto único del espacio y del tiempo. No hay pasado, no hay futuro. Cada momento tiene que consumirse como si fuera el último, sacándole todo el provecho

posible. Y dado que no existe relación entre un momento y otro, más vale no hacerse ilusiones. Cantaba Joaquín Sabina: “¿Qué voy a hacerle yo? si me gusta el güisqui sin soda, el sexo sin boda, las penas con pan...”; y en otra canción: “cómo decirte que el bien es el espejo del mal, cómo contarte que el tren del desconsuelo, si subes, no es tan fácil bajar”. Eso es: al final se llega resignados a la Calle Melancolía: “Vivo en el número siete. Calle Melancolía, quiero mudarme hace años al barrio de la alegría. Pero siempre que lo intento, ha salido ya el tranvía. Y en la escalera me siento, a silbar mi melodía”.

Cuando se quieren vivir simultáneamente muchas experiencias, como rieles paralelos de un tren, es inevitable el cálculo y el cinismo. Una vez alcanzado el magro objeto de nuestros deseos, nos vamos corriendo a otro lado.

Detrás de esto hay un claro deseo de no sufrir, y a la vez se trasluce un deseo vengativo de aprovecharse del momento presente que obliga al hombre a arriesgar tanto, deseo calculado, incapaz de entregar nada. Pero el correr de un lado a otro, el cálculo y el cinismo no pagan. Se cosecha lo que se siembra. El hombre no es un gusano. Lo queramos o no, nuestras opciones tienen consecuencias que tarde o temprano dan sus frutos, tanto para bien como para mal.

### **Coherencia, fidelidad y paciencia**

No es posible lograr una auténtica estima de sí sin esta coherencia con lo que fuimos, lo que somos y lo que queremos ser. Y la coherencia se construye alrededor de un proyecto de vida escogido y llevado a cabo en la fidelidad y la paciencia de los pequeños pasos de cada día. Si el proyecto cambia cada vez que nos viene en gana, nuestra estima será como el rocío mañanero, en cuanto sube el sol se disuelve.

“Vivir con propósito y con determinación” es uno de los pilares de la estima de sí: vivir con propósito es utilizar nuestras facultades para la consecución de las metas que hemos elegido; son nuestras metas las que nos impulsan, las que nos exigen aplicar nuestras facultades, las que vigorizan nuestra vida. Esto implica asumir con responsabilidad nuestros objetivos, llevar a cabo las acciones que nos permitan alcanzarlos y mantenernos firmes en la voluntad de llegar a ellos. La eficacia fundamental de nuestras acciones no puede generarse en el vacío, debe crearse y expresarse mediante tareas específicas, que se dominan con éxito. “Con éxito” no significa que todo se tenga que hacer a la perfección, sino que haya un esfuerzo honesto por realizar cuanto nos hemos propuesto. La fuerza de voluntad es un valor del que se está perdiendo lamentablemente el rastro, porque es una aptitud severa y prospera en los terrenos ingratos. Se marchita en la blanda fertilidad de la indolencia, mientras que crece vigorosa en el trabajo y el esfuerzo. La voluntad requiere de renuncia y atención, además de la práctica constante de la elección.

En efecto, la meta no sólo determina la dirección de los pequeños pasos, sino también su eficacia. Mientras más fieles somos a los fines que deseamos alcanzar y a los medios que nos acercan a ellos, tanto más nace en nosotros un sentido de valía y estima.

Las relaciones que empiezan y se acaban de la noche a la mañana, las tareas emprendidas y nunca terminadas, lanzarse siempre a nuevas aventuras, ir de una persona a otra sin pertenecer a ninguna, hacer hoy lo contrario de lo que se hizo ayer, concederse cada antojo, jamás ha traído la paz al corazón. El hombre de nuestro tiempo, que tiene oportunidades nunca antes imaginadas, se siente cada vez más inseguro y asustado. Ahora que lo posee casi todo, desfallece paradójicamente bajo el peso de su supuesto poder. Desearlo todo es no querer nada. ¿Será por eso que busca afanosamente aumentar su autoestima como si fuera la panacea del *mal de vivir*?

Al *carpe diem* (“atrapa el momento que huye; disfrútalo hasta que puedas”), al *aurea mediocritas* (“mediocridad dorada”) del poeta Horacio, la Biblia sustituye aquel *hoy* que el hombre está llamado a vivir con seriedad y entereza como el único espacio para realizar su misión. Hay que caminar mientras se tenga luz. El hoy es el tiempo del compromiso, de la entrega y de la concreción porque cada momento representa una oportunidad única. Si se le deja pasar, no volverá otra igual. Es también el tiempo de la gracia, del encuentro entre la fragilidad de nuestra humanidad y la fuerza del Señor que sostiene nuestro caminar hacia aquellas metas que nos parecen tan inalcanzables. El momento presente es lo que hace relevante el futuro porque es el espacio donde el Tiempo sin fin empieza a latir. Y si pensáramos más en hacer el bien que en estar bien, acabaríamos por sentirnos mejor, diría el novelista Manzoni: “El hombre... mientras permanece en el mundo, es un enfermo que, metido en una cama con más o menos incomodidad, ve alrededor de sí otras camas muy aseadas por fuera, muy lisas, y al parecer muy bien mullidas, y se figura que ha de ser muy feliz quien las ocupe. Pero si llega a cambiar, apenas echado en cualquiera de ellas, empieza a sentir en un lado una paja que le punza, en otro una dureza que le mortifica, y pronto se halla, poco más o menos, como en la cama primera. Y esta es la razón... de por qué debemos antes pensar en hacer el bien que en estar bien, que es el modo de llegar a estar mejor”.